

RETIRO RAMA FAMILIAR 1997
EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO
P. Rafael Fernández
Primera charla

Padre, Familias santas, corazón de la Iglesia

Este día quiere ser un día de mucha riqueza para nosotros. Estamos en nuestra tierra santa de Bellavista, muy cerca de nuestro Santuario del 31 de Mayo. Nuestro retiro está bajo el lema que nos regaló la Mater para 1997: *Padre, Familias santas, corazón de la Iglesia*.

Quisiera, ante todo, mostrar el horizonte en el cual nos encontramos como Familia de Schoenstatt en Chile. Estamos mirando hacia el Jubileo de la Misión del 31 de Mayo. Y, como Familia de Schoenstatt en Chile, estamos además en un proceso de formulación de nuestra identidad nacional.

Ustedes participaron, el año recién pasado, en este proceso por medio de una elaboración personal y en los grupos, tratando de ver qué espera Dios de nosotros como Familia congregada en torno al Santuario Cenáculo de Bellavista. Este proceso está llegando a su culminación, de modo que durante este año, si Dios quiere, formularemos los elementos y nuestro ideal nacional. Así, el año próximo, entraremos de lleno a la preparación del jubileo de los cincuenta años de la Misión del 31 de Mayo.

La unanimidad que hay es grande. ¿A qué se puede atribuir este hecho? Es porque, en el fondo, el mismo Padre Fundador, aquí en Bellavista, nos dijo lo que esperaba de la Familia de Schoenstatt en Chile. En ese sentido, creo que somos privilegiados. No conozco otro Santuario, fuera del Santuario original, que haya recibido el regalo de que el mismo Fundador expresase con tanta claridad lo que él esperaba de ese lugar de gracias: "Santo es este lugar, y seguirá haciéndose más y más santo. Tierra santa es ésta porque en el transcurso de los años, de los decenios y de los siglos, desde este lugar saldrán, crecerán y trabajarán fecundamente hombres santos. Este lugar es santo, finalmente, porque desde aquí se impondrán santas tareas, es decir, tareas que santifican, sobre débiles hombros."¹

Dos grandes etapas históricas de Schoenstatt en Chile

Esas "santas tareas" es lo que queremos asumir como Schoenstatt chileno. Si consideramos el proceso histórico que hemos vivido, tendríamos que decir que estos cincuenta años, incluyendo la prehistoria que va desde 1934, 1936, -cuando llegaron los primeros Padres Pallottinos y las primeras Hermanas Marianas a Chile- hasta ahora, ha sido un gran período de fundación. Aquí en Bellavista, no existía nada. Sabemos que cuando se inauguró el Santuario, en 1949, este lugar era un potrero. El Padre dijo, en ese entonces, que el Santuario parecía una casa de muñecas en medio ese potrero. Hoy día, con mucha gratitud, tenemos que decir que Schoenstatt en Chile es una realidad contundente. No sólo para nosotros mismos sino para la Iglesia. La historia de la Iglesia en Chile ya no puede ser escrita sin Schoenstatt.

De alguna manera, se ha cerrado un período de fundación. La generación fundadora de Schoenstatt en Chile fue la generación que conoció al Padre Fundador, en forma personal.

¹ Documentos de Schoenstatt, *Plática del 31 de Mayo de 1949*, n. 1, pág. 177.

Muchos de nosotros tuvimos la gracia de conocerlo, de estar con él, de escucharlo, aquí en Bellavista. Y esta generación de algún modo ya ha cumplido su misión. Como Simeón, podríamos decir, "ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, porque han visto mis ojos tu salvación." (Lc 3, 29-30)

En este momento inauguramos una segunda gran etapa. Y es la etapa en la cual ustedes son los protagonistas principales. Ustedes y los hijos de ustedes, porque será otra etapa de cincuenta o más años. Esta será la etapa en que se podrá realizar el gran sueño del Padre Fundador, lo que hemos formulado en nuestro lema: que *Schoenstatt verdaderamente llegue a ser corazón de la Iglesia*; que este Schoenstatt, hijo del Santuario Cenáculo de Bellavista, unido a todo el Schoenstatt latinoamericano, marque los destinos del Schoenstatt universal. Es una etapa decisiva y hermosa.

La primera etapa estuvo muy marcada por la presencia de las Hermanas y de los Padres. Esta segunda etapa, pienso que estará marcada básicamente por los matrimonios. Creo que será así. La Obra Familiar es el fundamento y corona de la Obra de Schoenstatt. El ideal del Schoenstatt chileno, el contenido de la cruzada del 31 de Mayo, no puede realizarse en ningún otro lugar, con tanta plenitud como en la familia natural. *Los matrimonios, las familias que se forjan a la sombra del Santuario, son los llamados a ser corazón de la Iglesia, para entregar a ella una nueva espiritualidad laical, matrimonial y familiar. Esto influirá determinantemente en el desarrollo de la Iglesia y en su revitalización, lo que hará posible que esta Iglesia sea verdaderamente capaz de forjar una nueva cultura.*

- 1. ¿La misión del 31 de Mayo marca en alguna forma mi compromiso actual con Schoenstatt? ¿Cómo la estoy haciendo realidad concretamente:**
- en mi apostolado,
 - en mi matrimonio,
 - en mi familia,
 - en mi trabajo?

Preparamos el "pasado mañana"

Estoy recordando cosas por todos conocidas, pero creo que es importante situarnos en esta perspectiva histórica. Estamos preparando el pasado mañana de la historia. Las bases de nuestra cultura están carcomidas. Nuestro Padre afirma que el desarrollo cultural que tuvo su origen en el Renacimiento, hace cuatro o cinco siglos, cuando el hombre forjó la utopía del humanismo ateo: edificar una sociedad sin Dios, hoy día llega a su culminación. El hombre se sintió poderoso por los descubrimientos de la técnica y de las ciencias; cuando descubrió el potencial que era capaz de manejar, creyó también que él solo podía determinar y conformar la historia. Y el sentimiento del hombre moderno lo expresó gráficamente Marx al decir: "el cielo se lo dejamos a las viejas y a los gorriones, a nosotros nos pertenece la tierra", nosotros somos quienes dominamos la tierra. Tenemos la inteligencia, las capacidades, la técnica y el poder para ello; somos los dueños de la historia... la religión es alienación, enajenación. Esta es la utopía de un humanismo sin Dios ...

Sin embargo, tras esa utopía, originariamente percibimos algo querido por Dios: el descubrimiento de la importancia de la creatura, de su valor y dignidad propias. Pero la Iglesia no fue capaz de animar una cultura donde existiese un *humanismo lleno de la presencia de Dios*. Y el demonio se aprovechó de ello. Prácticamente entregamos las armas al demonio y la Iglesia,

en lugar de animar una nueva cultura naciente, empezó a reducirse cada día más a la sacristía. Las grandes masas de católicos se fueron alejando de la Iglesia. Se nos escapó de las manos el desarrollo de la técnica, de la ciencia; el progreso. Las ciencias modernas se fueron elaborando sin la presencia de los valores cristianos. Hoy día estamos recogiendo las consecuencias de este proceso. La Iglesia que fue perdiendo terreno cada día más, se fue desvitalizando y, en muchos casos, secularizando.

Es en esta situación, en este cambio de época, donde Schoenstatt engrana. El Padre, en el Santuario de Bellavista, el 31 de Mayo de 1949, dice: "*Vemos cómo el Occidente camina a la ruina y creemos que estamos llamados, desde aquí, a realizar un trabajo de salvataje, de construcción, de edificación*".

2. ¿Qué signos de la "ruina del occidente" vemos en el ambiente en que nos movemos:

- en lo familiar
- en lo matrimonial,
- en lo laboral y social.

El Padre agrega que nosotros no solamente tenemos una misión para Chile, sino para todo el mundo, para Occidente. El siente que la Europa cristiana, que exportó la fe y el cristianismo en el pasado, habiendo capitulado de sus valores cristianos, hoy ya no lo hacía; que correspondía a América Latina asumir un rol histórico activo, pionero. Nuestro Padre pensó que, desde el Santuario Cenáculo de Bellavista, el sueño de una Iglesia renovada, capaz de informar una nueva cultura, se haría realidad. "Aquí se impondrán santas tareas, es decir, tarea que santifican, sobre débiles hombros..."²

En esta segunda etapa, que se viene gestando desde hace un tiempo, sentimos que este sueño empieza a ser cada vez más una realidad. Schoenstatt debe y puede ser corazón de la Iglesia; Schoenstatt tiene una nueva espiritualidad y una nueva pedagogía de la fe que debe entregar a la Iglesia para impulsar su renovación y para hacer fecunda su tarea de ser alma del mundo.

La cruzada del 31 de Mayo: instauración del organismo de vinculaciones

Sabemos en qué consiste nuestra misión, la misión que proclamó el P. Kentenich aquí en Bellavista. Ahora no nos detendremos en ello.³ Sin embargo, mencionaré tres cosas a fin de mostrar algunas perspectivas.

La misión que el Padre nos legó la formuló él mismo como una cruzada por rescatar e instaurar el doble organismo de vinculaciones naturales y sobrenaturales; una cruzada por el pensar, amar y vivir orgánicos; una cruzada por la armonía de la naturaleza y la gracia. Son todas formulaciones un tanto abstractas, pero que nos son -o debieran serlo- familiares. Quienes están llamados a encarnar, en primer lugar, la cruzada del amar, pensar, vivir orgánicos, de la armonía de la naturaleza y la gracia, son ustedes, los matrimonios, las familias schoenstattianas. Como dijimos, es en ustedes donde se puede realizar esta cruzada con mayor plenitud.

² Ibid, n.20, pág. 181.

³ Para una visión general de nuestra misión, cfr. *El 31 de Mayo, una misión para la Iglesia*, Ed. Patris, 1996.

El proceso histórico secularista

¿Por qué y en qué sentido tiene importancia esta cruzada? Durante siglos la Iglesia estuvo orientada en otra perspectiva. Como símbolo de esa perspectiva puede señalarse la "espiritualidad de la huida del mundo". ¿Cuál era la orientación básica de esta espiritualidad?

El hombre, para ser santo, tiene que dejar el mundo, tiene que dejar las riquezas, las realidades humanas, temporales, entrar en un convento para, allí, encontrar a Dios. Y en el portal de ese convento estaba escrito *Soli Deo*, sólo Dios. Quien quería ser santo tenía que practicar ese radicalismo de vida: dejar mujer, hijos, riquezas y, en pobreza, allí en el convento, encontrarse con Dios. Eso se elaboró y vivió desde muy temprano hasta nuestro tiempo. El laico que quería aspirar a la santidad, tenía que hacer suya, en cuanto le era posible, esta espiritualidad.

Dijimos que a partir del Renacimiento el hombre se pone cada vez más en el centro. De una época teocéntrica, pasamos a una época marcadamente antropocéntrica. Y el laico, sin una espiritualidad propia, fascinado por el mundo, por los progresos de la técnica y de la ciencia, por los nuevos descubrimientos, etc., se va alejando de los conventos; ya no recurre a la Iglesia como antes. La oferta que le proporciona el mundo es cada vez mayor y más interesante, con posibilidades que antes él nunca había soñado. Así, poco a poco, empieza a dejar los "mitos", las "leyendas"; va adquiriendo nuevas costumbres; su vida religiosa tiende a quedarse cada vez más en ritos y devociones alejadas de la realidad. Es un laico que todavía bautiza a sus hijos, que se casa por la Iglesia y que guarda ciertas costumbres cristianas, pero en el que de hecho se va acentuando siempre más la separación de fe y vida.

Este proceso de secularización se afianza con el correr de los siglos. La revolución industrial, que se inicia a fines del siglo pasado, en el siglo XX despliega todas sus potencialidades. Los nuevos descubrimientos de la ciencia ponen en manos del hombre moderno un asombroso poder. Se produce un vertiginoso progreso en la conquista tecnológica, científica, social y económica, alejada de la Iglesia, donde los valores cristianos ya no están presentes. La utopía de un humanismo ateo parece hacerse realidad. Sin embargo, al mismo tiempo que el hombre descubre su grandeza, la humanidad sufre tremendas convulsiones: dos guerras mundiales estremecen al viejo mundo; la deshumanización del hombre se hace cada vez más patente; los mismos progresos de la técnica se vuelven contra el hombre. Los totalitarismos que entusiasman a las masas con sus consignas de igualdad, libertad y fraternidad, comienzan a mostrar sus límites. Se derrumba la utopía del nacional socialismo y luego también termina por caer la utopía marxista. Sin embargo, en otras formas, continúa viviendo el mismo sueño: el capitalismo a su modo igualmente trata de construir un mundo feliz sin Dios. Y en este mundo conviven los más espectaculares adelantos tecnológicos con una impresionante degradación del hombre, con la corrupción, la peste de las drogas, del Sida, con el relativismo moral, la destrucción de la familia, la angustia y la soledad propias de nuestro tiempo.

Creciente separación de fe y vida

Somos así testigos de una realidad contundente: los valores que priman ya no son los valores cristianos; la atmósfera que nos rodea ya no es una atmósfera cristiana. Basta con encender la televisión o analizar un poco nuestro modo de vida, nuestras costumbres, nuestras formas de trabajo y de diversión... Lo que manda en este mundo no son precisamente ni los valores ni los criterios evangélicos.

Los "negocios son los negocios", el sexo es el sexo, la política, la política; la propaganda, la propaganda, etc. etc. Todo se rige con leyes propias, determinadas arbitrariamente por el poder, la competencia, las ambiciones... y Dios, ¡bien, gracias!. El está por allá arriba, no se mezcla en estas cosas...

Dios se nos ha esfumado. Y el laico, que vive en medio de este mundo, no posee una espiritualidad que lo capacite para encontrar a Dios en ella. El vínculo con el Dios personal es tan débil que casi no existe. En Chile, tradicionalmente, hemos sido un país católico; nuestros abuelos vivían todavía en un mundo que reconocía a Dios y su ley. Las costumbres se guiaban por criterios morales cristianos. Y cuando se pasaba por encima de ellos o no se les respetaba, esto se reconocía: al pecado se le llamaba pecado; había una conciencia moral de pecado. Hoy, prácticamente no existe esta conciencia, todo se ha relativizado. El modo de pensar, los criterios, las costumbres no están determinados por el espíritu del Evangelio. Esto es lo que vivimos hoy. ¿Cómo será el mundo en que vivirán mañana nuestros hijos? ¿Serán capaces de guardar la fe que les hemos transmitido o serán también succionados por un modo de vida materialista y secularista? Aún se guardan ciertas costumbres cristianas, como bautizar a los niños, casarse por la Iglesia, etc. Pero, ¿cómo está nuestro cristianismo por dentro? ¿No estamos viendo también caer progresivamente esas costumbres, esos ritos? No debemos engañarnos.

Como Familia de la Zona Cordillera, vivimos una situación privilegiada. Es una zona que, tradicionalmente, ha sido portadora del cristianismo en Chile. Aquí viven familias de un fuerte arraigo cristiano. No es casualidad que los movimientos de renovación que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia, como por ejemplo, los Carismáticos, los Catecúmenos, el Opus Dei, Los Legionarios, la CVX, Ciudad Nueva, Schoenstatt, hayan arraigado especialmente en esta zona. Sin duda contamos con una situación cultural y religiosa privilegiada. Signo de ello son también los colegios católicos que se concentran en esta zona. Pero, ¿qué pasa con el resto de Chile? Nosotros aquí no somos todo Chile; somos un pequeño reducto; existe una inmensa masa, la clase media, que históricamente se ha educado en los liceos, manejados en gran parte por libre pensadores y masones. La mayoría de nuestra juventud ha recibido una educación laicista. Por otra parte, la masa del pueblo que ha conservado su fe, en los últimos decenios ha sido invadida por innumerables sectas. No le hemos tomado suficientemente el peso al crecimiento de las sectas en Chile. De un Chile que era casi enteramente católico, hoy día contamos con un 60% del país que se reconoce católico. ¿Cuál será el porcentaje de los que practican de verdad su fe? Sin duda que considerablemente menor, tal vez un 15%...

Por otro lado, tenemos un Chile "florecente", que se siente orgullo por su progreso. Pretendemos ser "los tigres" de Latinoamérica. Pero también constatamos crecientemente el relativismo moral y los signos de la corrupción. Pensábamos que nunca nos invadiría la droga ni existiría corrupción en el poder judicial, que las coimas no se darían entre nosotros, etc. Hoy día ya no podemos afirmar esto con tanta seguridad. Ya no nos parecen tan extrañas aquellas frases del P. Kentenich pronunciadas el 31 de Mayo de 1949: "Vemos cómo Occidente camina a su ruina..."

"Apostasìa de Dios significa desintegración"

Cuando el P. Kentenich afirma esto, no está siendo pesimista ni tremendista; no cree que todo se dirige al abismo. Sí que es una persona realista, para quien una cultura que se edifica sin Dios, irremediamente camina a la destrucción y se corrompe. "Apostasía de Dios significa desintegración", y de esto, el hombre moderno sólo se convencerá por la práctica, porque en la

teoría no lo cree. Nadie pensaba que el imperio marxista caería. El P. Kentenich pensaba que sí caería, por la lógica de que sin Dios una sociedad termina corrompiéndose. Muchas veces estamos tentados de decir que el marxismo sí era ateo y que por eso se derrumbó, pero que a nuestra cultura capitalista no le sucederá lo mismo, que cuenta con una economía probada, que vamos bien, que estamos progresando... Pero, ¿a qué nos está conduciendo este progreso y avance técnico y económico? ¿No nos estamos deshumanizando al mismo tiempo a pasos agigantados? ¿No se están destruyendo las familias? ¿No se están engendrando niños que acarrear profundas heridas psicológicas?

3. ¿Qué síntomas de esta separación entre fe y vida vemos que ya nos han afectado a nosotros?

El P. Kentenich, decíamos, no es pesimista ni derrotista. Junto con ver y denunciar el derrumbe de Occidente proclama el advenimiento de una nueva cultura. Dios no se ha quedado dormido. Hoy día los dados se están tirando por siglos y cabe a nosotros la inmensa tarea de que la cultura del tercer milenio lleve los rasgos de Cristo.

América Latina, continente de la esperanza

Urge una renovación profunda de la Iglesia. Una renovación que la capacite para responder al desafío histórico actual. En el pasado, fue la Iglesia europea la que exportó la fe. De ella la recibimos nosotros. ¿Dónde encontramos hoy una Iglesia viva, fuerte y misionera como aquella? Sin duda que no es ésta la realidad de la Iglesia europea ni de Norteamérica ni de Africa ni de India. Pablo VI fue el primero que habló de la Iglesia latinoamericana como una Iglesia de esperanza. Para él, Latinoamérica era el "continente de la esperanza".

Juan Pablo II ha sustentado idéntica posición, por eso, al celebrarse los 500 años del descubrimiento de América, Juan Pablo II llama a una nueva evangelización. En esa ocasión, el Santo Padre lanzó como consigna: "¡Despierta América Latina! América Latina... Desde tu fidelidad a Cristo ¡resiste a quienes quieren ahora arrebatarte tu vocación de esperanza!; América Latina, fiel a Cristo, ¡aumenta y realiza tu esperanza!". Dice el Santo Padre: "el próximo centenario del descubrimiento y de la primera evangelización nos convoca pues, a una nueva evangelización de América Latina, que despliegue con más vigor -como la de los orígenes- un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro de esperanza".(Santo Domingo, 12 de octubre de 1984)

El P. Kentenich, ya antes, en 1947, tenía esta visión y su esperanza puesta en América Latina. En su primer viaje a nuestro continente ya albergaba esta ilusión. Y, en 1949, la proclama solemnemente desde Bellavista: "¿No es acaso un regalo suyo, una retribución a nuestro empeño, un reconocimiento, un honor para nosotros, que la Santísima Virgen nos quiera usar desde acá, a partir de este día, para ganar una influencia más poderosa en la forjación de los destinos de la Iglesia en el espacio cultural de Occidente?... Creemos que es un deber nuestro ofrecernos como instrumentos para impulsar una contracorriente, que vuelva a los países desde los cuales un día estos pueblos recibieron su cultura, desde los cuales también nosotros hemos sido abundantemente beneficiados". (Documentos de Schoenstatt, Plática del 31 de Mayo)

Dios continúa interviniendo en la historia

Nosotros nos situamos en este contexto histórico. Con el Jubileo del 31 de Mayo cerramos una gran etapa e iniciamos una nueva. Se ha concluido la gran etapa de la fundación de Schoenstatt y, en la nueva etapa, cada día tienen que ser más patentes los frutos de la misión de Schoenstatt en Chile y en Latinoamérica. Schoenstatt en Chile tiene que llegar a ser una gran potencia. No una potencia en el sentido humano de la palabra, sino *un gran poder de Dios*, de la acción de la gracia en la historia, del Espíritu Santo que vivifica y renueva haciendo surgir la nueva creación. Dios está vivo y continúa interviniendo en la historia. Siempre ha sido así en las grandes crisis y tiempos de transición histórica. ¡Qué hubiese sido de la Iglesia sin los jesuitas! ¡Qué hubiese sido de la Iglesia si una comunidad como la de San Ignacio de Loyola no hubiese estado presente y no se hubiese comprometido con todo su ser en la renovación de la Iglesia en el tiempo del Concilio de Trento! La historia de la Iglesia en los últimos siglos no podría escribirse sin san Ignacio y los jesuitas, tanto en su realidad estructural como en su espiritualidad. Algo semejante podría decirse de san Benito y de los benedictinos o de san Francisco y las órdenes franciscanas.

Pensamos que debemos considerar a Schoenstatt en esta misma perspectiva. No porque nos creamos "iluminados", sino simplemente porque pensamos que es Dios mismo quien ha intervenido en Schoenstatt y que es Dios mismo quien quiere que Schoenstatt sea fecundo en el seno de la Iglesia de nuestro tiempo, cara al tercer milenio. "A la sombra del Santuario -afirma nuestro Padre- se codejarán por siglos los destinos de la Iglesia y del mundo". En 1949, él aplicaba esa afirmación expresamente a nuestro Santuario Cenáculo de Bellavista. Siempre que seamos fieles a la gracia y cooperemos con María y con el Señor de la historia.

Aporte de Schoenstatt a la Iglesia

¿Qué queremos regalar a la Iglesia? Mejor dicho, ¿qué quieren Dios y la Santísima Virgen regalar a la Iglesia a través de Schoenstatt? Una nueva espiritualidad, una nueva pedagogía de la fe. Los siglos pasados, prácticamente desde el inicio, a partir ya de san Agustín y de las primeras comunidades cenobíticas, la espiritualidad de la Iglesia tuvo un marcado carácter monacal. Surgió y se probó un camino de santidad que dio frutos y alimentó por siglos la vida de la Iglesia. Quien aspiraba a la santidad, dijimos anteriormente, de una u otra forma debería mirar hacia el ideal de la vida consagrada y virginal. En nuestro siglo surge, cada vez con mayor fuerza, una nueva acentuación en la espiritualidad de la Iglesia. Schoenstatt es pionero de ésta. *Los siglos futuros -así pensamos- estarán inspirados por una espiritualidad marcadamente laical, matrimonial y familiar.* Si antes se veía a la Iglesia preponderantemente en la jerarquía, en los sacerdotes y religiosos, hoy ha llegado la hora de los laicos.

Los laicos, el "pueblo santo de Dios" es la Iglesia, y la jerarquía y los sacerdotes están a su servicio. Estos son la sal de la tierra, la levadura en medio de la masa. Sin el cultivo de una marcada espiritualidad secular, la Iglesia no será capaz de ser alma del mundo ni de imprimir a la cultura el rostro de Cristo. *Los matrimonios, las familias, los hogares cristianos, son las catedrales del futuro. De algún modo, tenemos que refundar la Iglesia desde sus cimientos, desde la familia. La familia no sólo es la célula básica de la sociedad sino también la célula básica de la Iglesia.*

4. ¿En qué forma estamos entregando nosotros el aporte que Dios quiere dar a la Iglesia a través de Schoenstatt?

¿Somos familias que están mostrando a la Iglesia un nuevo camino de santidad? ¿En qué?

Santidad matrimonial

Estamos recién descubriendo la originalidad propia de una santidad típicamente laical, matrimonial y familiar. El hombre y la mujer casados no pueden separarse del mundo, de las cosas, de los negocios; no pueden renunciar a la sexualidad ni a los hijos; no pueden "huir del mundo", pues dejarían de ser lo que son. Ellos están llamados a la santidad no "a pesar de ser casados", o a pesar de vivir en medio del mundo y estar expuestos a sus múltiples desafíos, sino que *tienen que ser santos precisamente en medio del mundo*. No pueden dejar ni marido ni mujer, ni hijos, ni dinero, ni trabajo, ni bienes materiales. Ellos viven inmersos en todo esto; viven en medio del ajetreo del mundo. No pueden irse al convento para estar tranquilos con Dios y pasar horas en adoración... Pero, en medio de ese ajetreo, ¿es posible llegar a ser santo? Con esas preocupaciones, con el niño enfermo, con el negocio que se viene abajo, con la competencia, con la tentación de las coimas y del afán de lucro, ¿es posible llegar a ser santo? ¿Es posible la castidad matrimonial? ¿Es posible ser pobres en el espíritu en medio de las riquezas?...

Sin duda que necesitamos un nuevo camino de espiritualidad laical y matrimonial. Es la espiritualidad y la pedagogía de la fe que hacen posible la búsqueda y la conquista de la santidad en medio del mundo. El ideal de la santidad "de la huida del mundo" es un ideal probado, que ha dado innumerables frutos. Este nuevo tipo de espiritualidad ¿será capaz también de producir santos? Así como existen los monjes y las vírgenes santas, ¿podremos contar con matrimonios santos, con hombres de negocio santos, con empresarios y obreros santos? Nos encontramos ante un inmenso desafío histórico...

El P. Kentenich, ya en los inicios de Schoenstatt, llamaba a encarnar una verdadera "santidad del día de trabajo", de la vida cotidiana, que superara una "santidad del día domingo". Muchos piensan que están demasiado ocupados, que tienen demasiados problemas, que no les alcanza el tiempo para ser buenos schoenstattianos. Esto quiere decir que aún no hemos entendido de qué se trata. *O somos santos en nuestro lugar diario, y para ello tenemos los medios para santificar la vida cotidiana, o simplemente tendríamos que irnos al convento y despedirnos de nuestros hijos y familia para poder encontrarnos con Dios y alcanzar una vida santa.*

5. ¿Qué prácticas hemos incorporado a nuestra vida diaria para ayudarnos a santificarla?

De acuerdo a esto, ¿cómo conformamos concretamente nuestra vida diaria?

El peligro de mimetizarse con una cultura pagana

La carencia de un estilo de santidad laical y matrimonial nos ha llevado a mimetizarnos con un mundo que ya no es cristiano. Por una parte mantenemos todavía las prácticas religiosas, nos casamos por la Iglesia, bautizamos a nuestros hijos y, en el mejor de los casos, vamos a misa los domingos. Pero pareciera que en el resto de nuestra vida Dios ya no estuviera presente. Nos hemos mimetizado tanto con un ambiente que, de hecho, es pagano, que ya no causamos problemas a nadie. El Señor decía: "Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentiras toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos" (Mt 5,11)

¿Somos dignos de esa bienaventuranza? Si los cristianos laicos hubiéramos elaborado un estilo de vida evangélico, sin duda que causaríamos problemas. Casi estamos tentados por decir: bienaventurados nosotros cuando nadie nos mire de reojo, cuando nos encuentren totalmente "normales", cuando a nadie le cause problemas nuestros criterios ni nuestro modo de vida, cuando vivamos como todos viven, trabajemos como todos trabajan y nos divertamos como todos se divierten, y cuando nos feliciten porque, además, pertenecemos a un movimiento católico y somos muy piadosos... Todos estarán conformes con nosotros. La pregunta es si el Señor estará tan conforme...

6. ¿En qué aspectos de nuestra vida llamamos la atención como católicos, porque somos diferentes?

Una espiritualidad de la armonía de lo natural y lo sobrenatural

La nueva espiritualidad laical, matrimonial y familiar que proclama el P. Kentenich está marcada por el signo de *la armonía de lo natural y lo sobrenatural*; de la armonía de lo divino y de lo humano; donde para encontrar a Dios no necesitamos dejar ni sexo, ni mujer, ni negocios, ni cosas, ni bienes, sino que en todo ello encontramos y amamos a Dios. Una santidad que haga posible ordenar todas estas realidades humanas y temporales según el querer de Dios. Los monjes elaboraron un sistema de santificación hasta en sus más mínimos detalles para asegurar su camino de santidad: prácticas de pobreza, formas de obediencia, de humildad, prácticas de penitencia, etc. Este camino de santificación no es el nuestro, pero sin un nuevo camino de santificación no lograremos la santidad laical y matrimonial. *O elaboramos nuevas y originales formas a partir del Evangelio y del orden natural o, consciente o inconscientemente, asumiremos las formas paganas en que estamos inmersos.*

Tenemos numerosos ejemplos de santidad de vírgenes y confesores, pero tenemos muy pocos ejemplos de santidad matrimonial. Admiramos a un san Benito, a un san Ignacio, a santa Teresa de los Andes, a un Padre Hurtado, pero nosotros no podemos seguir su camino concreto de santificación. ¿Cuál es nuestro camino? ¿Dónde están los ejemplos que muestren el ideal encarnado?

Sacramento del matrimonio, fundamento de la santidad matrimonial y familiar

El P. Kentenich nos llama, desde el Santuario de Bellavista, a la cruzada por el pensar, amar y vivir orgánicos o, como él también lo formula, a luchar por una espiritualidad y pedagogía de las causas segundas o de la armonía de la naturaleza y de la gracia. Por todo lo dicho, podemos percibir en algo la dimensión de esta inmensa tarea que el Padre nos plantea. Estamos llamados a hacer fecunda en la Iglesia un nuevo tipo de espiritualidad que vivifique la Iglesia y abra a los laicos un nuevo camino de santificación en medio del mundo.

La espiritualidad de la armonía de la naturaleza y de la gracia, la instauración del organismo natural y sobrenatural de vinculaciones, en sí mismo y en su mutua relación, sin duda que encuentra en el matrimonio cristiano y en la familia cristiana un lugar privilegiado para su realización.

Para mostrar esto, nos avocaremos a profundizar, en primer lugar, el sentido del sacramento del matrimonio. El sacramento del matrimonio presupone una realidad natural que es sanada,

elevada y perfeccionada por la gracia. Es una realidad viva de vínculos humanos que, por el sacramento, son elevados y sumergidos, por así decirlo, en el orden sobrenatural.

Ustedes se dieron un día un sí junto al altar, mediante el cual se comprometían a una entrega del uno al otro, con salud o enfermedad, en lo favorable o en lo adverso, por toda la vida. Se comprometían a recibir los hijos que Dios les regalara. Su compromiso era indisoluble, para siempre. Todo esto, de suyo, se mueve en el orden natural. No se necesita tener fe para prometerse ese amor. La Iglesia proclama un matrimonio indisoluble, pero no lo proclama como una verdad de fe; no quiere imponer una visión que sólo es posible tener a la luz de la revelación. La Iglesia no está contra el divorcio por un motivo de fe sino por defender el orden natural. El matrimonio y la familia son realidades que pertenecen al orden natural querido por Dios.

Sin embargo, esta realidad del orden natural, el Señor la ha querido elevar a la categoría de sacramento. Es decir, ese orden natural, ese amor, esa sexualidad, ese reino familiar que surge del matrimonio, *todo eso pasa a ser signo del orden sobrenatural, reflejo y camino de una realidad trascendente.*

7. ¿Qué grado de conocimiento del sacramento del matrimonio teníamos cuando nos casamos? ¿Qué gracias hemos recibido en él?

¿Qué es un sacramento?

Para comprender mejor esto, es necesario remontarse a lo que es un sacramento. Pensemos, por ejemplo, en la Eucaristía. Un trozo de pan, el pan de todos los días, es una realidad natural. El Señor, en la Última Cena, tomó en sus manos un trozo de pan y se lo dio a sus discípulos diciéndoles: "Este es mi Cuerpo"... Esta realidad natural que ustedes ven, que ustedes tocan y que ustedes van a comer, es mi Cuerpo... Y este vino que les doy a beber es mi Sangre ...

Pero, al decir estas palabras el Señor no sólo se refería a que el pan fuese un símbolo de su persona como alimento de nuestra alma. Jesús no dijo: Este pan es *como* si fuera mi Cuerpo, o este vino es *como* si fuera mi Sangre...; cuando coman de este pan y beban de este vino, recuérdeme a mí... Sino que Jesús dijo a sus apóstoles: "El Pan que yo les daré a comer *es* mi Cuerpo y el vino que les daré a beber *es* mi Sangre". Y luego les mandó: "Hagan esto en memoria mía"; Yo les doy el poder para convertir -lo que teológicamente se llama transubstanciación- el pan en mi Cuerpo y el vino en mi Sangre ...

Esta es la maravilla del sacramento: en algo netamente natural actúa la gracia. La gracia actúa en lo natural y lo hace signo de una realidad sobrenatural. En el sacramento de la Eucaristía, el pan de trigo es signo de la presencia real de Cristo que nos alimenta, que es vida de nuestra alma. El sacramento es un signo *eficaz*. No se trata de algo simplemente simbólico. Si pensamos, por ejemplo, en el sacramento del bautismo, el agua que se vierte en la cabeza del niño es signo de la gracia bautismal. El agua es algo natural, es el agua que purifica, que limpia, que vivifica; pero en el sacramento, esa agua es algo que no solamente toca y lava nuestra piel, sino que, por la acción de Cristo, nos lava interiormente, nos quita el pecado original y nos hace hijos de Dios. Esa agua bautismal es signo eficaz de la gracia santificante que nos hace miembros de Cristo y en él, hijos de Dios Padre.

Se trata, entonces, *de realidades del orden natural que, por el sacramento, significan algo sobrenatural*. En el orden sacramental, encontramos, por lo tanto, una forma especial de la armonía de la naturaleza y la gracia. En cada sacramento se repite lo mismo. *Son realidades del orden natural que el Señor eleva a la calidad del sacramento*. En la Eucaristía, el pan que alimenta, al ser consagrado pasa a ser signo de la presencia real de Cristo, un *signo eficaz* - no simplemente un símbolo- porque al ser consagrado en él realmente se hace presente Cristo. En el sacramento de la reconciliación, cuando el sacerdote dice: "Yo te perdono de tus pecados", Cristo está realmente presente perdonando los pecados del penitente. Cuando el Obispo impone las manos sobre la cabeza del diácono y pronuncia las palabras de la ordenación sacerdotal, en ese diácono se hace presente Cristo sacerdote de modo que éste queda facultado para actuar "in persona Christi", como otro Cristo sacerdote. Esa persona -semejante a todo ser humano como él- es elevado en su ser, identificándose con Cristo sacerdote.

Esta estructura sacramental la tenemos también en el sacramento del matrimonio. ¿Cuál es la realidad del orden natural elevada por la gracia al orden sobrenatural en el sacramento del matrimonio? No se trata aquí de una realidad natural que pertenece al orden material como el pan o el agua, sino de una realidad natural del orden personal. Esa realidad son ustedes mismos, un hombre y una mujer que entrelazan su vida para siempre, que se dan el uno al otro con cuerpo y alma y quieren ser fecundos en hijos y construir un hogar. Esa realidad natural la eleva el Señor a la categoría de sacramento, es decir, le confiere el poder de ser un signo eficaz que hace presente una realidad del orden sobrenatural, trascendente.

8. Nuestro Padre, cuando habla a los matrimonios y les plantea su ideal, les dice que son un Santuario Vivo. Y esto es por la realidad sacramental que portan.

¿Hemos pensado que como matrimonio somos un Santuario Vivo? ¿Qué proyecciones tiene esta nueva visión de nosotros mismos como matrimonio?

Necesidad de profundizar el sacramento del matrimonio

Nos extendemos en estas consideraciones pues es necesario que tengamos claros ciertos conceptos básicos doctrinales, sobre todo pensando en que el sacramento del matrimonio es uno de los que ha sido menos elaborados pastoralmente. Los sacramentos del Bautismo, de la Eucaristía, de la Reconciliación, del Orden Sacerdotal han sido mucho más elaborados que el sacramento del matrimonio cristiano. Existe una catequesis completa sobre cada uno de ellos. Son sacramentos que durante siglos y siglos, han sido pensados y aplicados catequética y pastoralmente. Con el sacramento del matrimonio no ha sucedido lo mismo. La gran mayoría de las personas que recibe el sacramento del matrimonio no sabe con claridad qué es lo que recibe. Saben que se trata de una celebración religiosa y que esperan una bendición de Dios para su unión, pero cuando se les pregunta qué significa ese "casarse por la Iglesia", dan respuestas generales que, de suyo, son válidas para cualquier persona o comunidad cristiana que quiere vivir según el Evangelio, pero que no se refieren específicamente a la gracia del sacramento del matrimonio.

Por ello es necesario detenerse en esto. Queremos descubrir toda la riqueza que esconde el sacramento del matrimonio y, a partir de ahí, elaborar una espiritualidad matrimonial y familiar coherente con el orden de ser del sacramento.

¿Qué es el sacramento del matrimonio?

Nos preguntamos, por lo tanto, ¿en qué consiste el sacramento del matrimonio? ¿Qué gracia específica recibimos a través de este sacramento?

En cada sacramento se hace presente Cristo Salvador. Sin embargo, esa presencia es diversa en cada uno. Se hace presente en forma eficaz algo del misterio de Cristo: de Cristo que es alimento de nuestra alma, de Cristo sacerdote y víctima que se ofrece por nosotros, de Cristo que perdona nuestros pecados, etc. ¿Cómo se hace presente Cristo en el sacramento del matrimonio? ¿Qué faceta de su misterio se hace asequible, palpable y presente a través del matrimonio cristiano?

Cuando se pide una explicación sobre esta pregunta, la respuesta normalmente dice que, por el sacramento del matrimonio, los esposos están llamados a amarse *como Cristo ama a su Iglesia*. Pero todo buen cristiano, también la persona célibe y virginal, tiene que amar así. Todos tenemos que amar como Cristo ama: heroica, generosamente, hasta dar la vida por los demás, etc. En esto, el ideal de santidad es el mismo para la persona consagrada virginal como para la persona casada. *¿Qué es lo específico del matrimonio?*

*En este sacramento se hace presente nada menos que el **Cristo-Esposo** que ama y se entrega a su Iglesia, y a la vez el misterio de la **Iglesia-Esposa de Cristo** que ama y se entrega por entero a él.*

El "gran misterio" escondido por los siglos

La Epístola a los Efesios nos habla de "**el gran misterio**" que se manifiesta en el matrimonio, el misterio de Cristo y de la Iglesia. San Pablo, en sus epístolas, habla de ese misterio escondido por siglos que, en la plenitud de los tiempos, nos ha sido revelado:

En Cristo tenemos, por medio de su sangre, la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, *dándonos a conocer el misterio* de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos y hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra.

El misterio de Cristo estaba oculto y se ha manifestado a los hombres:

A mí, el menor de los santos, me fue concedida esta gracia: la de anunciar a los gentiles, (a los paganos) la inescrutable riqueza de Cristo y esclarecer cómo se ha dispensado *el misterio escondido desde los siglos en Dios*, creador de todas las cosas.

La Alianza del Antiguo Testamento

*Este misterio de Cristo hunde sus raíces en el gran misterio que Dios nos revela en el Antiguo Testamento. A saber, Dios, Yavé, es un Dios de amor, rico en misericordia, que se acerca al hombre y lo hace primero a través del pueblo de Israel. Se deja conmovir por el pueblo sumido en la esclavitud y decide venir a salvarlo. Luego lo saca de Egipto y sella con él una alianza de amor, por la cual ese pueblo pasa a ser **su** pueblo, propiedad suya, y él pasa a ser **su** Dios.*

Después de esta alianza sellada en el Sinaí a través de Moisés, Dios va revelando progresivamente su plan de amor. Sin embargo, el pueblo de Israel es infiel a esa Alianza. Entonces aparece Dios como un Dios celoso, como un Esposo cuya Esposa le ha sido infiel. A través de los profetas se dirige a la "virgen de Israel" acusándola que ha abandonado a su marido para irse en pos de los baales, es decir, de los ídolos. Sin embargo, *a través de los mismos profetas, promete una nueva Alianza:*

Pleitiad con vuestra madre, pleitiad, porque ella ya no es mi mujer y yo no soy su marido. Que quite de su rostro sus prostituciones y de entre sus pechos sus adulterios... Pues su madre se ha prostituido, se ha deshonrado la que los concibió, cuando decía: "Me iré detrás de mis amantes, de los que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mis bebidas"... Persiguirá a sus amantes y no los alcanzará, los buscará y no los hallará. Entonces dirá: "Voy a volver a mi primer marido, que entonces me iba mejor que ahora". La visitaré por los días de los baales... y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto. *Y sucederá aquel día -oráculo de Yavé- que ella me llamará: "marido mío", y no me llamará más "Baal mío"... Haré en su favor un pacto aquel día... yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yavé... Me compadeceré de "no-compadecida", y diré a "no-mi-pueblo": Tú, "mi pueblo", y él dirá: ¡"mi Dios"! (Oseas 2, 4 y ss.)*

Este es el drama de la historia de Israel: un Dios que busca unirse en una alianza con su pueblo, que sella con ese pueblo una alianza, como un esposo se une en el amor a su esposa, pero ésta, despreciando su amor, le es infiel. Pero en este drama, se manifiesta a la vez la magnitud de este amor del Esposo que se apiada y promete sellar una nueva alianza con su pueblo:

No temas, que no te avergonzarás, no te sonrojes, que no quedarás confundida, pues la vergüenza de tu mocedad olvidarás y la afrenta de tu viudez no recordarás jamás. *Porque tu esposo es tu Hacedor, Yavé Sebaot es su nombre; y el que te rescata el santo de Israel, Dios de toda la tierra se llama. Porque como a mujer abandonada y de contristado espíritu, te llamó Yavé; y la mujer de la juventud ¿es repudiada?, dice tu Dios. Por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante, pero con amor eterno te he compadecido, dice Yavé, tu Redentor. (Is 54, 4-8)*

Yavé se acordará de la alianza que selló con su pueblo en el Sinaí y establecerá en su favor una "alianza eterna".

"Yo mismo estableceré mi alianza contigo y sabrás que yo soy Yavé, para que te acuerdes y te avergüences y no oses más abrir la boca de vergüenza cuando yo te haya perdonado todo lo que has hecho, oráculo de Yavé, el Señor. (cfr Is 16,59-63)

La Nueva Alianza

La historia de la alianza es una historia esponsal y en el Nuevo Testamento Dios revela la plenitud de la Nueva Alianza por la cual él, en forma antes impensable, se unirá con su pueblo en una alianza eterna. Y éste es el gran misterio que estuvo oculto por siglos pero que Dios manifestó en la plenitud de los tiempos:

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva. (1Gal 4, 4-5) (Cfr Ef 1, 10-11; Heb 9,26)

El misterio oculto y revelado en la plenitud de los tiempos es el misterio del Verbo que se hizo carne en el seno de María para unirse en un desposorio definitivo con la humanidad. Cristo, el Verbo encarnado, es el Esposo que con su sangre rescata a la humanidad y sella la Nueva Alianza. Cristo Esposo sella con su sangre la Nueva Alianza, fundando el nuevo pueblo de Israel: la Iglesia, llamada a ser luz de las naciones e inicio del reino de Dios aquí en la tierra.

El matrimonio a la luz del "gran misterio" revelado por Dios

La epístola a los Efesios relacionará el matrimonio, como luego veremos, con este "gran misterio". Pero, antes de citar este pasaje, leamos un texto del Catecismo Católico. En él se resume esta realidad misteriosa:

La unidad de Cristo y de la Iglesia, cabeza y miembros del cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante *la imagen del esposo y de la esposa*. El tema de Cristo Esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista. El Señor se designó a sí mismo como *el Esposo*. El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel miembro de su cuerpo, como una esposa "desposada" con Cristo Señor para "no ser con él más que un solo espíritu" (cfr 1Cor 6, 15-17; 1Cor 11,2). Ella es la Esposa inmaculada del Cordero inmaculado (cfr Ap 22, 17; Ef 1, 4; 5, 27), a la que Cristo "amó y por la que se entregó a fin de santificarla" (Ef 5, 26), a la que él se asoció mediante una alianza eterna y de la que no cesa de cuidar él como de su propio cuerpo. (cfr Ef 5,29) (n. 796)

Es importante que nos familiaricemos con esta visión y esta perspectiva bíblica. La Alianza de Dios con su Pueblo nos ha sido revelada en el Antiguo Testamento especialmente en categoría esponsal. Desgraciadamente, muchas veces poco hemos leído a los profetas y esta terminología suele sernos extraña. Más aún si se trata del Nuevo Testamento. No nos es muy familiar la imagen de Cristo como el Esposo y de la Iglesia como su Esposa. *Cristo, el Verbo encarnado, es el Esposo, el nuevo Adán, de cuyo costado abierto surge la Esposa, la nueva Eva*. El es el Esposo que nos invita a las bodas tal como lo anuncia el Apocalipsis:

Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su Esposa se ha engalanado... Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero. (Ap 19, 7)

Ahora bien, ¿cómo hacer comprensible, cercano y presente este misterio? ¿Cómo poder captar existencialmente el misterio de Cristo y de la Iglesia? Esta es la gran pregunta que tiene la Iglesia llamada a transmitir la Buena Nueva.

Tomamos contacto con ese misterio a través de la predicación. El anuncio de la Buena Nueva nos dice que *Cristo es el Esposo, Cabeza de la Iglesia, y que ésta es su Cuerpo; que él es el redentor del hombre, que dio su sangre para limpiarnos del pecado y hacernos miembros de su Cuerpo*.

Sin embargo, de modo semejante a lo que señalamos respecto a la presencia de Cristo y al sacramento de la Eucaristía, no nos bastan las verdades transmitidas por la predicación. Piensen ustedes qué hubiese sucedido si Cristo sólo hubiese dicho que él estaría con nosotros hasta el fin de los tiempos y no hubiese instituido, a la vez, el sacramento de la Eucaristía. ¿Mantendríamos tan viva la conciencia de que él está en medio de nosotros? O bien, ¿qué pasaría si sólo nos dijera que Cristo perdona nuestros pecados, pero no existiese el sacramento de la confesión?

Los sacramentos, hemos dicho, *son signos eficaces de la gracia. Nos transmiten en forma visible el mundo invisible.* Dios se adecua a nuestra naturaleza sensible y usa de signos sensibles, visibles, para transmitirnos la gracia e introducirnos en el misterio del mundo sobrenatural. El Catecismo Católico afirma:

Los sacramentos confieren la gracia que significan. Son eficaces porque en ellos actúa Cristo mismo; él es quien bautiza, él, quien actúa en sus sacramentos con el fin de comunicar la gracia que el sacramento significa. (n. 1127)

Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina. Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento. Dan fruto en quienes los reciben con las disposiciones requeridas.

(IISacram EconSac:1131)

Pregunta para reflexionar y contestar, antes de seguir la lectura:

- 9. ¿Qué misterio de Cristo hace presente el sacramento del matrimonio?**
- ¿Por qué Cristo instituyó este sacramento?**
- ¿De qué es signo el matrimonio cristiano?**
- ¿Qué nos revela, hace cercano y eficaz, el matrimonio entre bautizados?**

El Catecismo Católico afirma:

La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí *un consorcio de toda la vida*, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Nuestro Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados" (CIC can. 1055, 1).

(CC 772) En la Iglesia es donde Cristo realiza y revela su propio misterio como la finalidad del designio de Dios: recapitular todo en él (Ef 1, 10). San Pablo llama gran misterio (Ef 5, 32) al desposorio de Cristo y de la Iglesia. Porque la Iglesia se une a Cristo como a su esposo (cf Ef 5, 25-27), por eso se convierte a su vez en Misterio (cf Ef 3, 9-11). Contemplando en ella el Misterio, San Pablo escribe: el misterio es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria (Col 1,27).

El matrimonio entre bautizados hace presente el “Gran misterio” de Cristo esposo de la Iglesia y el misterio de la Iglesia esposa de Cristo.

Quienes reciben el sacramento del matrimonio reciben la gracia para ser signo de esta alianza sponsal de Cristo y la Iglesia. El matrimonio natural es el presupuesto del sacramento, es

aquello que es perfeccionado, sanado y elevado por la gracia sacramental a un nivel superior, sobrenatural, es decir, a una realidad que va más allá de la naturaleza.

10. ¿Qué nueva ley me aporta para la comprensión del sacramento el matrimonio lo visto hasta ahora?

Enumerar lo más importante.

Esto es lo que nos revela la Carta a los Efesios al referirse al matrimonio. Leemos en el capítulo V de esta Epístola:

Sed sumisos los unos a los otros en el amor. Las mujeres a sus maridos, porque el marido es cabeza de la mujer como Cristo es cabeza de la Iglesia, el Salvador del cuerpo. Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua en virtud de la Palabra y presentarse resplandeciente a sí misma, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos a sus mujeres, como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne. Antes bien, la alimenta, la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto de Cristo y de la Iglesia.

El versículo final es el clave: “Gran misterio es éste, lo digo respecto de Cristo y de la Iglesia”. En este pasaje se muestra las obligaciones del esposo y de la esposa. El paradigma o espejo en el cual se mira el matrimonio es el misterio de Cristo y la Iglesia.

¿Cuál es el contenido de la revelación sobre Cristo y la Iglesia que aparece en este pasaje de los Efesios?

Primero: que Cristo es

- Cabeza de la Iglesia”
- que él ama a la Iglesia; que la santifica para que sea santa e inmaculada por el bautismo (por el “baño del agua”) y por la palabra; que se entregó por ella
- que se preocupa de la Iglesia (la alimenta, la cuida con cariño)
- que la Iglesia está formada por quienes son miembros de Cristo, con los cuales él forma una unidad.

Segundo: que la Iglesia

- es el “Cuerpo” de Cristo
- y que le está enteramente sometida
- la Iglesia forma con Cristo “una sola carne”

Cuando la epístola a los Efesios quiere especificar el deber ser de los esposos los refiere a este modelo. Mira, por así decirlo, *el matrimonio desde arriba, desde su prototipo, es decir, desde la unión sponsal de Cristo y la Iglesia*. Por lo tanto, si los esposos quieren descubrir su propia

vocación, lo que ellos están llamados a ser, su propia vocación como esposos cristianos, entonces deben alzar la mirada a este “gran misterio”.

11. ¿Qué características especiales tiene la Alianza esponsal de Cristo y su Iglesia?

Por otra parte, de esto mismo se deduce que a partir del matrimonio, si los esposos han conformado su vida según el sacramento, entonces ellos son signo o camino para otras personas (y ellos mismos) puedan comprender y acercarse al misterio de la unión esponsal de Cristo y la Iglesia.⁴ De esta forma, el misterio esponsal de Cristo se comprende *desde abajo*, a partir de los

⁴ En este contexto podemos citar algunos textos del magisterio sobre el sacramento del matrimonio.

Del Catecismo Católico:

La Sagrada Escritura se abre con el relato de la creación del hombre y de la mujer a imagen y semejanza de Dios (Gn 1, 26-27) y se cierra con la visión de las "bodas del Cordero" (Ap 19, 7-9). De un extremo a otro la Escritura habla del matrimonio y de su "misterio", de su institución y del sentido que Dios le dio, de su origen y de su fin, de sus realizaciones diversas a lo largo de la historia de la salvación, de sus dificultades nacidas del pecado y de su renovación “en el Señor” (1 Co 7, 39), *todo ello en la perspectiva de la Nueva Alianza de Cristo y de la Iglesia* (cf Ef 5, 31-32).
(IISacram III Los Sac:1602)

p1612 *La alianza nupcial entre Dios y su pueblo Israel había preparado la nueva y eterna alianza mediante la que el Hijo de Dios, encarnándose y dando su vida, se unió en cierta manera con toda la humanidad salvada por El (cf GS 22), preparando así "las bodas del Cordero" (Ap 19, 7.9).*

1613 En el umbral de su vida pública, Jesús realiza su primer signo "a petición de su Madre" con ocasión de un banquete de boda (cf Jn 2,1-11). *La Iglesia concede una gran importancia a la presencia de Jesús en las bodas de Caná. Ve en ella la confirmación de la bondad del matrimonio y el anuncio de que en adelante el matrimonio será un signo eficaz de la presencia de Cristo.*

(1617) Toda la vida cristiana está marcada por el amor esponsal de Cristo y de la Iglesia. Ya el Bautismo, entrada en el «pueblo de Dios, es un misterio nupcial. Es, por así decirlo, como el baño de bodas (cf. Ef 5,26-27) que precede al banquete de bodas, la Eucaristía. El matrimonio cristiano viene a ser por su parte signo eficaz, sacramento de la alianza de Cristo y de la Iglesia. Puesto que es signo y comunicación de la gracia, el matrimonio entre bautizados es un verdadero sacramento de la Nueva Alianza (cf DS 1800; cf CIN 1055,2).

1641 "En su modo y estado de vida, [los cónyuges cristianos] tienen su carisma propio en el Pueblo de Dios" (LG 11). *Esta gracia propia del sacramento del Matrimonio está destinada a perfeccionar el amor de los cónyuges, a fortalecer su unidad indisoluble. Por medio de esta gracia "se ayudan mutuamente a santificarse con la vida matrimonial conyugal y en la acogida y educación de los hijos" (LG11; cf LG 41).*

1647 *Su motivo más profundo consiste en la fidelidad de Dios a su alianza, de Cristo a su Iglesia. Por el sacramento del Matrimonio los esposos son capacitados para representar y testimoniar esta fidelidad. Por el sacramento, la indisolubilidad del matrimonio adquiere un sentido nuevo y más profundo.*

De Familiaris Consortio

(11)... el pacto de amor conyugal o elección consciente y libre, con la que el hombre y la mujer aceptan la comunidad íntima de vida y amor, querida por Dios mismo, que sólo bajo esta luz manifiesta su propio significado.

La comunión de amor entre Dios y los hombres, contenido fundamental de la Revelación y de la experiencia de fe de Israel, encuentra una significativa expresión en la alianza sponsal que se establece entre el hombre y la mujer.

Por esta razón, *la palabra central de la Revelación, "Dios ama a su pueblo", es pronunciada a través de las palabras vivas y concretas con que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal.*

*Su vínculo de amor se convierte en imagen y símbolo de la Alianza que une a Dios con su pueblo. El mismo pecado que atenta contra el pacto conyugal se convierte en imagen de la infidelidad del pueblo a su Dios: la idolatría es prostitución, la infidelidad es adulterio, la desobediencia a la ley es abandono del amor sponsal del Señor. Pero la infidelidad de Israel no destruye la fidelidad eterna del Señor y por tanto *el amor siempre fiel de Dios se pone como ejemplo de las relaciones de amor fiel que deben existir entre los esposos.**

(13)*La comunión entre Dios y los hombres halla su cumplimiento definitivo en Cristo Jesús, el Esposo que ama y se da como Salvador de la humanidad, uniéndola a sí como su cuerpo.*

El (Cristo) revela la verdad original del matrimonio, la verdad del "principio" y, liberando al hombre de la dureza del corazón, lo hace capaz de realizarla plenamente.

*Esta revelación alcanza su plenitud definitiva en el don de amor que el Verbo de Dios hace a la humanidad asumiendo la naturaleza humana, y en el sacrificio que Jesucristo hace de sí mismo en la cruz por su Esposa, la Iglesia. En este sacrificio se desvela enteramente el designio que Dios ha impreso en la humanidad del hombre y de la mujer desde su creación; *el matrimonio de los bautizados se convierte así en el símbolo real de la nueva y eterna Alianza, sancionada con la sangre de Cristo.**

El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal, que es el modo propio y específico con que los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona sobre la cruz.

En efecto, mediante el bautismo, el hombre y la mujer son inseridos definitivamente en la Nueva y Eterna Alianza, en la Alianza sponsal de Cristo con la Iglesia. Y debido a esta inserción indestructible, *la comunidad íntima de vida y de amor conyugal, fundada por el*

esposos cristianos. Si los esposos reflejan en su ser y en su actuar el “gran misterio” del esponsalicio entre Cristo y la Iglesia, entonces serán un signo vivo del mismo y lo harán eficazmente presente. Por otra parte, para descubrir ellos mismos su “orden de ser”, su ideal, deben compenetrarse de ese misterio.

12. ¿Qué nueva perspectiva nos aporta concretamente a nuestra vida esponsal el "misterio" del que somos portadores?

Releamos el pasaje del Catecismo Católico que citamos más arriba:

Creador, es elevada y asumida en la caridad esporal de Cristo, sostenida y enriquecida por su fuerza y redentora.

En virtud de la sacramentalidad de su matrimonio, los esposos quedan vinculados uno a otro de la manera más profundamente indisoluble. *Su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia.*

Los esposos son por tanto el recuerdo permanente, para la Iglesia de lo que acaeció en la cruz; son el uno para el otro y para los hijos, testigos de la salvación, de la que el sacramento les hace partícipe. De este acontecimiento de salvación el matrimonio, como todo sacramento, es memorial, actualización y profecía: "en cuanto memorial, el sacramento les da la gracia y el deber de recordar las obras grandes de Dios, así como dar testimonio de ellas ante los hijos; en cuanto actualización les da la gracia y el deber de poner por obra en el presente, el uno hacia el otro y hacia los hijos, las exigencias de un amor que perdona y que redime; en cuanto profecía les da la gracia y el deber de vivir y de testimoniar la esperanza del futuro encuentro con Cristo".

Al igual que cada uno de los siete sacramentos, el Matrimonio es también un símbolo real del acontecimiento de la salvación, pero de modo propio. "Los esposos participan en cuanto esposos, los dos, como pareja hasta tal punto que el efecto primario e inmediato del matrimonio (res et sacramentum) no es la gracia sobrenatural misma, *sino el vínculo conyugal cristiano, una comunión en dos típicamente cristiana, porque representa el misterio de la Encarnación de Cristo y su misterio de Alianza.*

El contenido de la participación en la vida de Cristo es también específico: el amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los elementos de la persona -reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y de la voluntad -; mira a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no hacer más que un sólo corazón y una sola alma; exige la indisolubilidad y fidelidad de la donación recíproca definitiva y se abre a la fecundidad (cfr. *Humanae vitae*, 9). En una palabra, se trata de características normales de todo amor conyugal natural, *pero con un significado nuevo que no sólo las purifica y consolida, sino que las eleva hasta el punto de hacer de ellas la expresión de valores propiamente cristianos".*

(19) *el Espíritu Santo infundido en la celebración sacramental ofrece a los esposos cristianos el don de una comunión nueva de amor, que es imagen viva y real de la singularísima unidad que hace de la Iglesia el indivisible Cuerpo místico del Señor Jesús.*

La unidad de Cristo y de la Iglesia, cabeza y miembros del cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante *la imagen del esposo y de la esposa*. El tema de Cristo Esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista. El Señor se designó a sí mismo como *el* Esposo. El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel miembro de su cuerpo, como una esposa "desposada" con Cristo Señor para "no ser con él más que un solo espíritu" (cfr 1Cor 6, 15-17; 1Cor 11,2). Ella es la Esposa inmaculada del Cordero inmaculado (cfr Ap 22, 17; Ef 1, 4; 5, 27), a la que Cristo "amó y por la que se entregó a fin de santificarla" (Ef 5, 26), a la que él se asoció mediante una alianza eterna y de la que no cesa de cuidar él como de su propio cuerpo. (cfr Ef 5,29) (n. 796)

Cristo se asoció a la Iglesia mediante una alianza nueva y eterna; forma con ella "un solo cuerpo", en una realidad aún mucho más profunda e íntima que la realidad que se da entre los esposos en el plano natural. El forma con *la Iglesia una íntima comunidad en el ser, en el amor, en su tarea redentora*. Y esa realidad misteriosa es a la vez el misterio del matrimonio cristiano. ¿Comprendemos la profundidad y transcendencia del sacramento del matrimonio? Este va mucho más allá del matrimonio en el orden natural (un hombre y una mujer que se aman y se entregan uno al otro con cuerpo y alma para toda la vida y que esperan ser fecundos en hijos y formar un hogar).

13. El Señor nos llama, a través del sacramento del matrimonio, a una íntima comunidad en el ser, en el amor y en su tarea redentora. Mirando concretamente nuestro matrimonio, ¿qué exigencia de crecimiento nos plantea?

A menudo se piensa que la gracia que confiere el sacramento es aquella que les permite vivir esta realidad natural en una gran intensidad y perfección. Es más que eso, el sacramento va más allá del orden natural: supone ese orden, lo sana, pero también lo eleva y perfecciona.

El horizonte que aquí se abre muestra perspectivas extraordinarias. Con razón podemos hablar de un redescubrimiento del sacramento del matrimonio, de una nueva comprensión del mismo que trasciende la concepción que comúnmente se tiene del mismo. Una nueva concepción que funda un camino original de santidad matrimonial y familiar.